

APOLÍTICA VORAZ

o POLÍTICA VERDADERA

Definirse como apolítico es desconocer la propia naturaleza humana y alejarse de la identidad personal o escudarse en la ignorancia para evitar el compromiso social. Los que optamos por la fe cristiana a la luz del Evangelio nos comprometemos a construir la utopía del Reino de Dios desde nuestra realidad personal, social y cósmica; desde nuestra historia humana, esperando el regalo de Dios en la realización plena de dicho reino mas allá de la historia.

Rubén Díaz Peralta

Es lo que pretendo reflexionar contigo, joven lector, de cara al futuro inmediato de nuestro interesante camino de cambio político.

La política desde la Apolítica

Cuando algunos dicen que son apolíticos, pretenden afirmar que no les interesa la actividad política o que no militan activamente en algún partido o movimiento político determinado. Lo primero es inaceptable por cuanto el ser humano es por esencia un animal (ser animado) político, según definición de Aristóteles que lo explicaremos más adelante. Lo segundo es respetable desde todo punto de vista y es una de las formas de hacer política desde otras instancias sociales. Es verdad que las estructuras políticas de participación no terminan con los partidos o movimientos políticos. Posiblemente tengan razón en cierto rechazo a esta forma de hacer política por las experiencias bastante negativas que últimamente hemos tenido de todo aquello que se ha dado en llamar la "partidocracia", o sea el abuso del poder político de ciertos grupúsculos que utilizan el poder y la voluntad popular para sus intereses particulares. Son muchos los ejemplos recientes de personas y grupos que han jugado con las esperanzas del pueblo ecuatoriano.

León Febres Cordero se definió siempre como apolítico hasta que se afilió al PSC, fue diputado y presidente, pero no recuerdo que haya dicho que era político, aunque siguió trabajando con denuedo por los mismos grupos de poder hasta desfilarse en pretendida defensa de los banqueros por las calles de Guayaquil.

El coronel Lucio Gutiérrez no dudó en organizar un golpe de Estado, utilizando para ello a los indígenas organizados, hasta que logró su objetivo de llegar a Carondelet por los cauces democráticos "para librar al pueblo de sus esclavitudes políticas y económicas". Ya en el poder, fue en peregrinación a Washington para jurar fidelidad a los principios del imperio como el mejor amigo y aliado del mismo. Organizó su propio partido con sus familiares y admiradores con o sin uniforme y ante la creciente oposición del pueblo "forajido", escapó en su fallido intento salvacionista.

Ni qué hablar de un anodino e intrascendente Alfredo Palacio que llegó a Carondelet sin saber por qué y para qué, pero con el desgastado discurso de "refundar la Patria". Lo más positivo que hizo fue cumplir los plazos de reorganización política y volver a su consultorio médico particular.

Sin pretenderlo hemos tipificado algunas formas larvadas de hacer política desde la apolítica.

Apolíticos del lucro ...que lucran con sus empresas hasta convertir al Estado en su empresa.

Apolíticos obedientes y no deliberantes ...hasta que sus grados militares ya no les satisfacen en su ansia de poder.

Apolíticos intrascendentes...que llegan al poder por circunstancias ajenas a su voluntad.

Apolíticos cómodos...que pretenden vivir de espaldas a la sociedad...simplemente viviendo de "su trabajo", aunque sea en las filas de la preñada burocracia

Apolíticos oportunistas...que no tienen idea de lo que será buscar el bien común y solo les interesa "un puestito" con el gobierno de turno.

Apolíticos "catequistas"...de reciente reaparición, que solo pretenden "orientar" el criterio político de sus fieles pero niegan tener (dicen ellos) postura política partidista alguna (ilusos y falsos!).

Vemos, pues, que no existe la apolítica en la vida real. Es más, la pretendida apolítica es una forma irresponsable y engañosa de hacer política. No dudamos en afirmar que el silencio frente a los hechos humanos es político. Hay que definir, eso sí, a quién favorece tu silencio.

Política con vocación de servicio

Política desde la política

Si por naturaleza, los humanos somos seres sociales, en cuanto vivimos y nos complementamos con los demás, somos políticos porque nuestro destino personal está necesariamente ligado al destino social.

La política, entre otros conceptos, es la búsqueda organizada del bien común que incluye el bien particular de todos y por lo mismo requiere del concurso consciente y responsable de todos en la consecución del objetivo social final. Quien se queda al margen del quehacer político, deja que sucedan las cosas pero no hace que las cosas sucedan. El quehacer político es una lógica y necesaria consecuencia de nuestro ser político... de nuestro ser y hacer personal. ligados necesariamente a la POLIS(ciudad o sociedad).

La acción política partidista es una de las formas efectivas de participar en la gestión de la "polis". Cuando se habla de los políticos, nos referimos a aquellos que se dedican expresamente a dirigir la sociedad hacia el logro

de su buen vivir, gracias a un encargo y elección de la misma (democracia representativa y participativa).

En nuestra historia reciente tenemos ejemplos positivos y negativos de lo dicho y nos dan pie para otra tipificación de los políticos:

Políticos académicos...con buena formación política...pero incapaces de dirigir un cambio revolucionario por estar ligados o ser obedientes a los grupos tradicionales de poder económico aunque su discurso sonara desafiante: Roldos, Hurtado, Mahuad.

Políticos reformistas...con ganas de cambiar el país...pero que se quedaron con las ganas: Borja, Roldós, Noboa.

Políticos oportunistas: Alarcón, Gutiérrez, Palacio y gran parte de sus seguidores

Políticos caóticos: Bucaram y (según algunos) Correa.

Políticos con vocación de servicio: unos más y otros menos: gran parte de los mencionados.

Políticos apolíticos: los ya mencionados

FUTURO INMEDIATO

Mi postura personal, desde una filosofía humanista y cristiana, me impulsa a mirar el futuro con esperanza, consciente de los errores y aciertos del pasado. Desde esa óptica me atrevo a realizar ciertas aseveraciones a modo de conclusión, discrepando con los agoreros del desastre y de los que hacen oposición a toda posición. Me niego a una postura iconoclasta que vive de la politofagia y la depresión ideológica de derecha o de izquierda.

Los ecuatorianos somos un pueblo muy paciente, comprensivo y creativo con una gran tradición

La nueva Constitución, con grandes fallas de forma y grandes aciertos de fondo, molesta a los privatizadores de la democracia formal excluyente.

No nos sentimos culpables por romper pacíficamente una legalidad prostituida para implantar un modelo que no gusta a los adoradores de la ley.

Los desgastados conceptos de "sentarse a gobernar", "respeto a las minorías", "hiperpresidencialismo", "centralismo absorbente"...nos tienen sin cuidado, sabiendo que vienen de las plañideras contratadas por el poder económico nacional e internacional por suerte en retirada y franca crisis.

Su bandera verde de coherencia flamea con razón en los techos de los suburbios.

En los siguientes eventos políticos nos toca a todos, mantener nuestra voluntad de cambio. No abandonemos el campamento, porque estamos en campaña permanente.

de solidaridad comunitaria que a lo largo de los últimos 20 años ha buscado su propio camino de ejercicio democrático, sin amilanarse ante los duros epítetos de los que nos tildan de ingobernables.

No somos un pueblo corrupto como nos han querido mostrar ciertos sectores corruptos del capitalismo oficial.

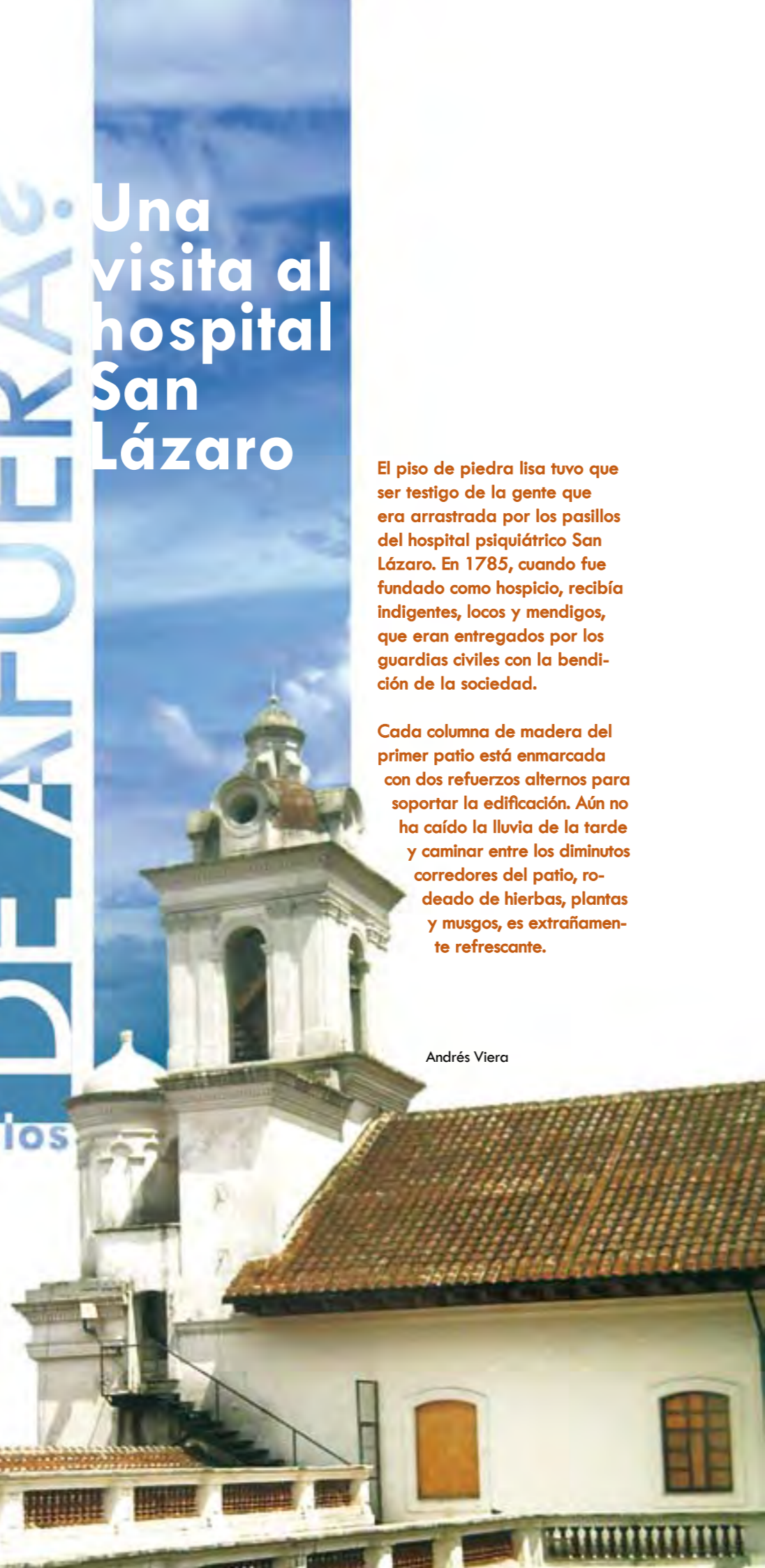
Los procesos de cambio realizados y previstos se llevan a cabo en forma plebiscitaria y no violenta.

No estamos en el eje del mal como nos ubican los recalcitrantes del pasado traumático anticomunista.

Al referirme a los últimos presidentes, no lo hago en forma excluyente sino como representantes de ciertas formas de ejercicio político. Asumo con responsabilidad el alcance de mis juicios que, por otra parte, no pasan de ser descriptivos y totalmente subjetivos, con los riesgos que ello implica.

Estamos dando pasos firmes y definitivos desde una política voraz a una política veraz.

¿LOS DE ADENTRO O LOS DE AFUERA? Una visita al hospital San Lázaro



El piso de piedra lisa tuvo que ser testigo de la gente que era arrastrada por los pasillos del hospital psiquiátrico San Lázaro. En 1785, cuando fue fundado como hospicio, recibía indigentes, locos y mendigos, que eran entregados por los guardias civiles con la bendición de la sociedad.

Cada columna de madera del primer patio está enmarcada con dos refuerzos alternos para soportar la edificación. Aún no ha caído la lluvia de la tarde y caminar entre los diminutos corredores del patio, rodeado de hierbas, plantas y musgos, es extrañamente refrescante.

Andrés Viera



Rosa
Foto: Santiago Borja

Las gruesas paredes del San Lázaro funcionan como fronteras del ruido ciudadano. Los oscuros pasillos que conducen al segundo patio, mucho más grande e iluminado, con árboles altos y frondosos, nos empujan con un silencioso frío a recordar el temor que se plasmó en un cuento de García Márquez. Ser confundido con un paciente y no poder salir nunca más de ahí. No veo pacientes aún. ¿Seré yo un interno?

Edgar Narváez, director de la institución, me recibe sorprendido pero dice que no hay inconveniente en que conozca las instalaciones. Me cuenta que hoy el hospital, ubicado en el centro histórico de Quito, no es nada de lo que la gente piensa. Enfatiza que ya no se encuentra gente desvanecida en el piso luego de los ataques, o escenas de encadenados encerrados en habitaciones frías. "Cuando yo era estudiante todavía se trataba así a los pacientes", cuenta, indicándome las pequeñas celdas de dos metros cuadrados que todavía existen, como documentando la historia de la psiquiatría. Son celdas sombrías, con gruesas puertas de

madera. En la mitad de la puerta hay una pequeña ventana para pasar la comida o meter la punta de la manguera que escupía agua fría, con lo que se intentaba calmar a los pacientes agresivos. Sobre la puerta, unos barrotes dejan entrar un poco de luz y aire. Las celdas, que ya no se utilizan, están en el cuarto patio. Menos grande que el segundo, silencioso y muerto. El tercer patio, que es una réplica del próximo, está restaurado y ahora las celdas son oficinas y consultorios que ofrecen consulta externa de psicología y psiquiatría.

En el hospital hay alrededor de 115 pacientes. El 85% de ellos son crónicos, es decir, su enfermedad está enquistada; reciben medicina continuamente y son estables. No son agresivos. El otro 15% lo conforman los pacientes agudos. Este porcentaje de pacientes es el que rota, pues es gente que entra y sale. El mínimo tiempo que permanecen en tratamiento es de 15 a 30 días. La mayoría de pacientes agudos llegan con violentas agitaciones psicomotrices. A ellos se les aplica anti-psicóticos intramusculares para adormecerlos.

Subo un piso más. Las escaleras de madera crujen, llego al segundo patio. Ahora estoy a la altura de las copas de los árboles. A un lado, una puerta muestra un río de escaleras de piedra que se estiran ascendiendo hasta perderse de vista. Al final llego a la Sala Franklin Tello, en la parte más alta de la inmensa casa. La pequeña puerta de hierro oxidada se abre y me muestra un gran patio soleado con varios hombres uniformados de plomo. Descansan, pasean, caminan.

En esta sala los varones se encuentran mezclados entre pacientes crónicos y agudos. Camino entre ellos. Siento su curiosidad como un puñal frío. Una doctora sale a encontrarme. Había escuchado de la visita y me invita a conocer la sección. Seguimos caminando entre los pacientes que nos miran directamente a los ojos. Unos estiran las manos, otros me preguntan: “¿Qué haces aquí?”

Comenzamos por los dormitorios. Es una sala alargada con dos filas de camas de hierro donde los pacientes duermen. El olor a sábanas y ropa sucia se concentra los primeros instantes en la parte alta de la nariz, luego de un momento se desvanece. Los internos casi nunca entran ahí en el día. Solo un hombre descansa en la primera cama luego de la terapia. Está recién llegado y bajo las cobijas solo veo su espalda. Correas de cuero cuelgan atadas a la cama, listas, vigilantes.

Afuera, un anciano pasea desnudo por los pasillos. “Ya vístase”, le gritan los auxiliares. Un joven de veinte y tantos años con mochila, bufanda, jean y un saco de lana pasea por la cancha de cemento, asilado de los demás. Camina por caminar, y me mira de vez en cuando. La mayoría son ancianos. Al dirigirnos a la salida algunos nos preguntan quiénes somos, nos dan la mano nuevamente, balbucean, se rascan la cabeza, ríen.

Bajo por gradas nuevamente. Camino por un laberinto de paredes de barro y cal hasta otra sala: la Magdalena, la de Mujeres Agudas. Soy abordado rápidamente por algunas pacientes. Bordean los 27 y los 50. años. Me preguntan qué voy a hacer, qué es lo que llevo en las manos. Les digo solo es mi grabadora, y mi cuaderno. Es un patio pequeño con dormitorios al lado izquierdo. Hay cuartos individuales en donde se encierra a las pacientes cuando están muy agresivas, hasta que el efecto de la medicina se manifieste. Así se previene un daño potencial a sus compañeras. Sus ojos denotan un profundo cansancio y su manera de arrastrar las palabras, demuestra que están plácidamente adormecidas. El círculo de pacientes que se forma a mi alrededor, y de la doctora que me guía, sirve para escucharlas por unos instantes.



Pasillo del Primer Patio
Foto: Santiago Borja

La esquizofrenia es una enfermedad hereditaria. Su nombre quiere decir: mente partida. Quien la padece tiene la sensación de que le controlan el pensamiento, que le imponen uno ajeno. Escuchan voces o tienen visiones las cuales le ordenan que haga cosas. No pueden distinguir entre la realidad y la fantasía y suele terminar en episodios agresivos y suicidas.

En la Sala Magdalena, la doctora pide a una paciente que me indique en dónde está su mamá. Ella señala a una señora mayor que mira la televisión. Una recién llegada reclama: “¿porqué sigues aquí?” me increpa. Otra habla de su vida en la calle: “Yo soy así, y punto”, dice, y suena a una sentencia. Al salir me despido de las internas. Ellas me contestan: “I love you”. La doctora se da cuenta de mi desconcierto. “Algunas enfermedades elevaban la libido de las pacientes”, me dice. Yo salgo corriendo.

En un patio vecino está la Sala Santa María. Ahí están las mujeres crónicas. Les dan medicinas que las adormece o antidepressivos. Son mujeres de edad avanzada con retardo mental, esquizofrenia y depresión. Unas cortinas azules aíslan el espacio para que puedan bañarse. Algunas pacientes tienen que ser bañadas con ayuda. Se las trata con tetraplin y se las manda a dormir a las 8 pm. Pero algunas se las despierta cada dos horas en la noche para llevarlas al baño. Las auxiliares les llaman las “mojonas”.

En el hospital hay terapias de recreación y ocupacionales que les permite desarrollar algunas destrezas. La terapia de electro shock (TEC) está dirigida a los pacientes agudos, pues ayuda a controlarlos hasta que la medicina produzca sus efectos. Esto demora siete días más o menos. El TEC sirve para calmarlos o para despertarlos, dependiendo del caso. El TEC es aplicado entre siete a diez sesiones, pasando un día. Los pacientes no recuerdan el tratamiento.

Siguiendo la luz
Foto: Santiago Borja

Al conversar con las pacientes me pregunto si se las podría distinguir en la calle. El encierro de la gente en la sociedad está relacionado con el poder. El poder elige quién está dentro y quién está afuera. La palabra loco, los convierte en seres improductivos e incompatibles con la sociedad. Así, el encierro supone la manera de controlar estas llamadas disfunciones sociales. La invisibilidad de la locura hace pensar que nuestra forma de vida va por buen camino, que todo está bien.

Rocío Cando tiene 40 años y me pide que la escuche. Cuenta que está ocho años en el hospital a la fuerza y que tiene un hijo en la escuela. Sus hermanas la han internado ya ocho veces en contra de su voluntad y ella no entiende qué hace ahí. Ha perdido la memoria en cuatro ocasiones. Dice que las medicinas le causan sueño y cansancio: "No veo ningún resultado", termina por decir.

Puerta del calabozo para agresivos
Foto: Santiago Borja



56



Pasillo de subida a la sala FranklinTello
Foto: Santiago Borja

Sea o no cierta su historia, la verdad es que la psiquiatría trata enfermedades mentales que no son posibles de curar con medicamentos. Igual que las patologías del cuerpo. La historia de esta ciencia médica es muy cuestionable con relación a si ayuda o no a una persona con problemas mentales. Las medicinas actuales únicamente son evoluciones de los mismos métodos antiguos de tortura, laceraciones y daños cerebrales. La psiquiatría no ha avanzado desde su inicio en cuestión de resultados beneficiosos para los pacientes.

Salgo de esta última sección del psiquiátrico. En los pasillos, lóbregos y caóticos, el calor del día nunca llega. El frío de las paredes se adhiere a mi piel, hasta estremecerme. Camino de vuelta al segundo patio. Los pacientes no están encerrados en ninguna de esas salas. Están encerrados en su propia cabeza. Sentados en el piso, descalzos, conversan con el aire. Muchos no tienen ninguna conciencia de lo que pasa a su alrededor. Me dirijo a la salida. Las piedras lisas del primer patio se oscurecen con las primeras gotas de la lluvia de la tarde.



Anita López
Foto: Santiago Borja

El frío entumece los dedos y los sentidos. Las piedras únicamente han visto visitantes. Gente que entra y sale. Todos iguales. A muchos de los internos crónicos ya no les interesa estar dentro o fuera, para algunos el hospital ya es un hogar. Los únicos que tienen un sospechoso interés en que se queden dentro, encerrados, son los que estamos fuera. Quizá por miedo a que nos enseñen algo que no soportaríamos entender. Quizá "algo" nos dice que encerrarlos está bien.

57